

Teoría, política y ética en los estudios antropológicos del carácter nacional

FEDERICO NEIBURG Y MAURICIO GOLDMAN*

El diablo no tiene que existir para que haya uno; cuando la gente sabe que no existe, entonces es que nos domina

João Guimarães Rosa

Se reconoce que el ataque que las fuerzas japonesas lanzaron contra la base militar de Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941 llevó a la intervención estadounidense en la Segunda Guerra Mundial. Se conoce menos el hecho de que este conflicto entre estados nacionales proporcionó el escenario del primer capítulo en la historia de la antropología en el cual las naciones fueron tomadas como objeto de análisis de manera explícita puesto que, al mismo tiempo que Estados Unidos entraba en la guerra, la escuela americana de "cultura y personalidad" comenzó a estudiar "el carácter nacional".

En efecto, esta fue la segunda vez que Estados Unidos participó en una contienda cuyos actores fundamentales eran estados nacionales europeos. La primera, cuando se declaró la guerra a Alemania y sus aliados en abril de 1917, se caracterizó por las reacciones variadas de los intelectuales estadounidenses, muchos de los cuales se opusieron a la entrada en el conflicto arguyendo la neutralidad. Dentro de la antropología, tales desacuerdos alcanzaron su punto supremo cuando, finalizada la guerra, en 1919, un voto de censura destituyó a Franz Boas de la presidencia de la Asoc-

ciación Antropológica Americana (AAA). La razón aparente de ello fue su ataque público a la participación de los antropólogos en las agencias federales de inteligencia y espionaje, pero en realidad la AAA también censuraba a Boas por su postura pacifista en contra de la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial. Como ha observado Stocking, el ambiente de exacerbado patriotismo después de 1918 no podía tolerar las ideas pacifistas de un autor que algunos consideraban un sospechoso inmigrante alemán de ascendencia judía (Stocking, 1976: 1-3).

En contraste, la intervención estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, vista como la respuesta a la barbarie nazi en Europa, era apoyada unánimemente y además exigía, a juicio de muchos, un *involucramiento* activo. Esta demanda fue impulsada mayormente por un grupo de antropólogos formado, significativamente, por varios discípulos de Boas, quienes para entonces ocupaban algunas altas posiciones en los departamentos universitarios y en las fundaciones académicas. En 1939 Margaret Mead, Gregory Bateson y Geoffrey Gorer participaron en la primera iniciativa para poner a la antropología al servicio del esfuerzo bélico, al constituir el Comité para la Moral Nacional, con la finalidad de producir un estudio de la cultura nacional que condujera a recomendaciones que elevaran la moral de su país durante el conflicto. Tras Pearl Harbour, varios miembros del comité empezaron a trabajar di-

* Profesores del programa de Posgrado en Antropología Social, Museu Nacional, de la Universidad Federal de Rio de Janeiro, e investigadores del Consejo Nacional para el Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq). Quisiéramos agradecer a Mari-za Peirano, Enrique Larreta Rodríguez y Eduardo Viveiros de Castro, quienes en tiempos distintos y de diversas maneras contribuyeron a la formulación de este trabajo. E igualmente a Peter Gow por su cuidadosa traducción del original portugués.

rectamente en la Oficina de Información Bélica (Office of War Information) vinculada con la armada. Asimismo, en este programa participaron Ruth Benedict, Clyde Kluckhohn, Ralph Linton, George P. Murdock y Rhoda Métraux. Hasta entonces la atención del comité se había dirigido a Estados Unidos mismo y su cultura. A partir de ese momento, buscaría contribuir a la mejor comprensión de las naciones aliadas y, todavía más, de las enemigas.¹ Este trabajo no acabó, sin embargo, simplemente en los archivos de las ramas de inteligencia de las fuerzas armadas, ni se circunscribió a proporcionar directrices a la política exterior de los Estados Unidos. Los resultados de la investigación fueron evaluados asimismo conforme a criterios académicos, presentados en conferencias, reproducidos como artículos en publicaciones especializadas y convertidos en libros que buscaban fundar un nuevo objeto de estudio antropológico: el “carácter nacional”.

En primer lugar, Estados Unidos y los estadounidenses, Japón y los japoneses, Alemania y los alemanes, Gran Bretaña y los británicos y, más adelante, Rusia y los rusos o Polonia y los polacos, comenzaron a ser tratados como universos culturales a ser analizados con base en las mismas categorías que se empleaban para estudiar los mundos culturales de las llamadas “sociedades simples”, a los cuales, hasta entonces, los antropólogos habían atendido prioritariamente. El trasfondo de la guerra y del conflicto internacional exigía empero un “desarrollo” metódico: “estudios a distancia de la cultura”. Los antropólogos, obligados a no emprender la tarea tradicional de observación participante prolongada en el campo, ahora entrevistarían a inmigrantes, analizarían obras de arte tales como novelas o películas hechas en otros países, o examinarían producciones mediáticas, con el fin de alcanzar universos culturales siempre clasificados como *nacionales*. Las fronteras entre los países fueron tratadas como culturales, y las fronteras culturales lo fueron como nacionales, por lo que delimitaban nuevos objetos de estudio.

El final de la Segunda Guerra Mundial proporcionó la que se consideraría la mejor prueba para esta antropología. A diferencia de la política que los aliados aplicaron en Alemania —la cual condujo a la división del país y a la eliminación de todas las autoridades anteriores a 1939—, tras la rendición de Japón el gobierno de Estados Unidos decidió mantener en el poder al emperador nipón, tal como, en 1942, Geoffrey Gorer había recomendado en un oficio a la Office of War Information. Sin acceso a documentos gubernamentales estadounidenses nos es imposible evaluar el verdadero peso de aquel oficio en la decisión estadounidense de estabilizar al Japón de la posguerra asegurando que, pese a Hiroshima y Nagasaki, fuese posible un nuevo equilibrio entre ambos países. Sin embargo, el acuerdo entre la política exterior estadounidense y el análisis antropológico acerca del lugar del emperador en la cultura japonesa serviría en adelante como un ejemplo bien documentado del potencial de una nueva clase de “antropología aplicada” que propiciaban los estudios del carácter nacional.

Obviamente las “aplicaciones” de su antropología no se restringían a estos asuntos. A lo largo de los años treinta cobraron fuerza los intentos de legitimar socialmente a la antropología, con acento en su capacidad para hallar soluciones a los problemas “prácticos”. El objetivo principal había sido la diversidad cultural y social de Estados Unidos: indígenas, negros e inmigrantes de varios orígenes nacionales, pequeñas comunidades rurales y grandes ciudades con poblaciones muy diversas. La antropología aplicada, y otras disciplinas como la sociología y la psicología “aplicadas”, buscaban responder a “problemas prácticos” ligados al proceso de homogeneización social y cultural característico de la composición de los estados nación: la salud, la educación, la nutrición y el trabajo se constituyeron en las áreas principales donde este proceso se desarrollaba. El centro de atención se hallaba dentro de las propias fronteras, puesto que eran principalmente problemas de política interna,² en tanto que, en contraste,

¹ Otras iniciativas importantes de la participación en el esfuerzo bélico fueron las actividades de varios antropólogos en el National Research Committee on Food Habits, organizado por el National Research Council, con el propósito de preparar a la población estadounidense para los cambios en los hábitos alimenticios que se requerirían durante la guerra. También colaboraron con la Relocation Authority, la cual se encargaría de la administración y control de los campos de internamiento donde, luego de Pearl Harbour, se recluyó a aproximadamente 100,000 nipón-americanos en territorio estadounidense (cf. Stocking, 1976; Partridge y Eddy, 1978: 28-32; Suzuki, 1981; Yans-McLaughlin, 1986).

² Stocking (1976: 33-34) alude especialmente a dos proyectos de la “aplicación” de la antropología vinculados con las políticas sociales que el gobierno estadounidense ejecutó durante y después del New Deal (nuevo pacto): uno, en el Departamento de Agricultura; el otro, en la Unidad de Antropología Aplicada de la Agencia de Asuntos Indígenas (que luego se denominó el Servicio Indígena). La primera reunión de la Sociedad de Antropología Aplicada se llevó a cabo en Harvard en mayo de 1941. Los antropólogos socios no sólo participaron en la Oficina de Información Bélica (Office of War Information) y en el Comité para la Moral Nacional, sino también en otras agencias gubernamentales, como el Territorio Fiduciario Estadounidense de las Islas del Pacífico (United States Trust Territory of the Pacific Islands) (Partridge y Eddy, 1978: 31-40). Por otra

los estudios del carácter nacional tenían su campo de aplicación en la política exterior.³ A pesar de esta diferencia, todos los esfuerzos de legitimación de la antropología como “antropología aplicada” compartían el mismo elemento: que los problemas prácticos que aspiraban a resolver se abocaban a dominios sociales y culturales siempre definidos como “nacionales”.

En efecto, no fue esta la primera vez que los linderos entre “los problemas sociales” y “los problemas sociológicos/antropológicos” se combinaron en la historia de la disciplina. Es probable que, hasta entonces, el mejor ejemplo de tal combinación hubiera sido la antropología británica y sus aportes a la legitimación ideológica de la conquista colonial y la administración de las colonias. Existe una diferencia importante, empero, entre el episodio estadounidense y el anterior europeo. Al identificar las fronteras nacionales como fronteras entre objetos de análisis fue posible no sólo construir otras naciones como objetos de tal índole, sino por vez primera tomar a la propia sociedad y a la cultura nacional del antropólogo como objetos legítimos de análisis.⁴

La importancia y complejidad de este episodio en la historia de la antropología contrasta con la escasa atención otorgada a él por la literatura, así como con sus actuales representaciones.⁵ Algunos de sus protagonistas, como Margaret Mead (1962: 396), lo trataban como poco más que una “aplicación” particular de la teoría y los métodos de la escuela de cultura y personalidad. Para sus críticos (cf., por ejemplo, Harris,

1968; Kaplan y Manners, 1972; Suzuki, 1980), el examen teórico minucioso queda atrapado en la convergencia de un argumento teórico acerca de la supuesta pobreza conceptual y los escasos resultados de la empresa y de su complicidad con la política exterior estadounidense.⁶

Un análisis de las condiciones sociales que posibilitaron este capítulo de la historia de la antropología estadounidense queda fuera del alcance de este ensayo. Esa historia social y cultural está sin duda por escribirse. Deberá tomar en cuenta las relaciones entre el medio sociocultural de los antropólogos y la sociedad y cultura circundante, explorando específicamente las conexiones entre la universidad y el mundo académico, por un lado, y la política y las agencias estatales de intervención estatal, por el otro. En particular, habría que considerar la mediación entre estas esferas de las agencias privadas y estatales en el financiamiento de la actividad científica. Sólo así sería posible comprender no sólo la singularidad de las relaciones entre el campo político y el proceso de legitimación social de una disciplina definida como “académica”, sino también el entrelazamiento de los problemas considerados “antropológicos” y los considerados “prácticos”. Sobre tales relaciones se construyó la antropología estadounidense de la posguerra.⁷

En el presente artículo nos limitamos al análisis de este momento en la historia de la antropología estadounidense para mostrar cómo su cohesión y complejidad

parte, los artículos acerca de la aplicación de la antropología no solamente fueron divulgados en *Applied Anthropology* (fundada en 1941), sino que aparecieron cada vez más en otras publicaciones, sobre todo en *American Anthropologist*.

³ En el manual para el estudio de las “culturas a distancia” presentado por Margaret Mead y Rhoda Métraux al Columbia University Research in Contemporary Cultures (fundado por Ruth Benedict dos años antes, gracias a un financiamiento de la Human Research Division de la Oficina de Investigaciones Navales), Mead definió las posibles “aplicaciones políticas” de sus resultados de esta forma: “el abordaje descrito en este manual se ha empleado para muchos fines políticos: para aplicar programas gubernamentales particulares dentro de un país, para facilitar las relaciones con los aliados, para guiar las relaciones con grupos partidistas en países bajo control enemigo, para ayudar a la estimación de los puntos fuertes y débiles de los enemigos, y proveer de racionalidad para la elaboración de documentos en el ámbito internacional. Todos estos usos implican diagnosticar las regularidades culturales (...) El objeto del diagnóstico sería facilitar algún plan o políticas específicas y, al menos implícitamente, incluye vaticinios de conductas probables que incidirían en el resultado exitoso o fallido de tales políticas o planes” (Mead, 1953: 397).

⁴ En el prólogo a esta obra en la cual, en 1942, analizó el carácter nacional estadounidense, Margaret Mead señaló que al inglés podía acreditarse haber inventado el uso de los antropólogos como “consejeros del gobierno”; insistió, sin embargo, en que la verdadera diferencia entre la participación de la antropología británica en la administración colonial y la de la estadounidense en el esfuerzo bélico residía en que, en el segundo caso, los antropólogos se abocaron explícitamente a examinar su propia sociedad, aparte de las demás (Mead, 1965 [1942]: 8-9).

⁵ Acerca de la “antropología psicológica” en general, Stocking (1986: 9) llamó la atención hacia el hecho de que, pese a que pudiera ser una subdisciplina de la antropología estadounidense que ameritaba más estudio, las obras dedicadas en ella a la fecha permanecían circunscritas al análisis interno, y jamás a revisiones externas o sociohistóricas.

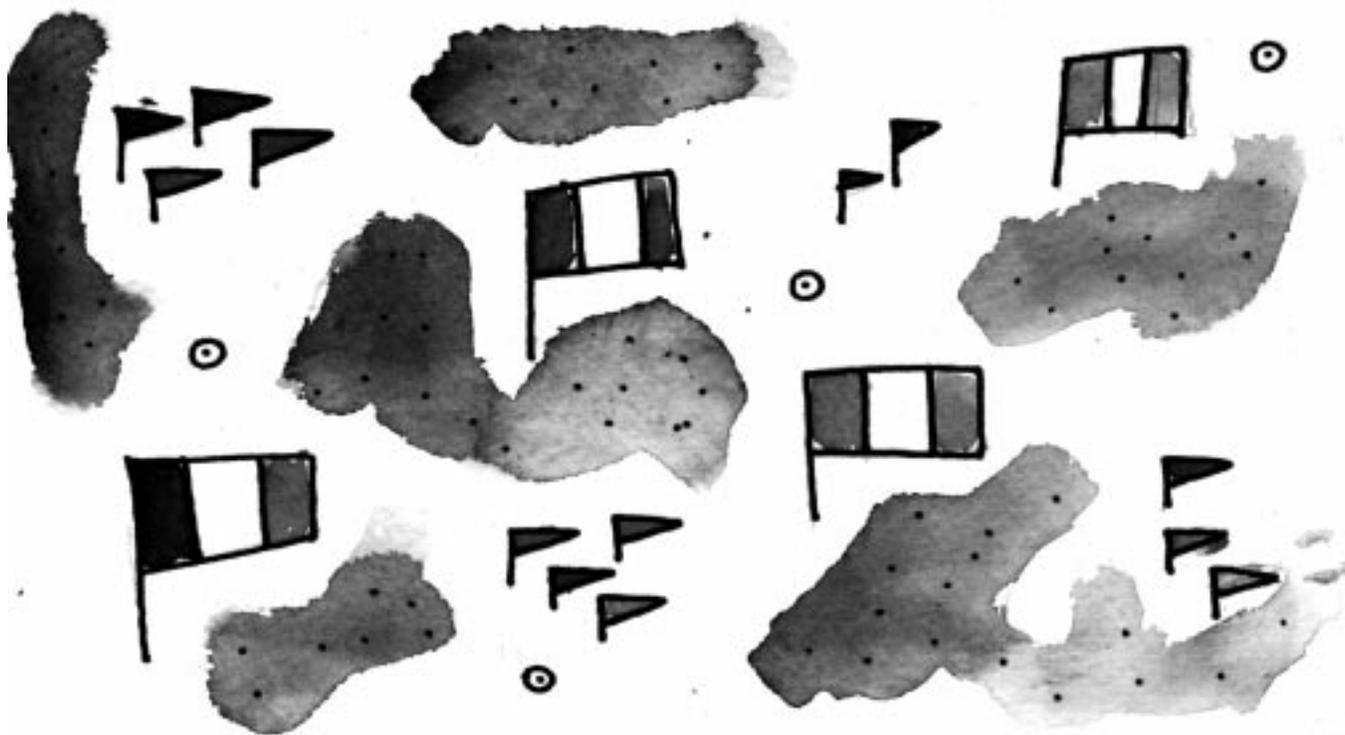
⁶ Debe advertirse, empero, que parece haber un acuerdo tácito para limitar las acusaciones de aplicaciones ilegítimas de la antropología al periodo de la posguerra que corresponde a la Guerra Fría. Nunca se refirieron al uso de los estudios del carácter nacional al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

⁷ Como Michael Pollack ha mostrado, la génesis de la articulación entre el diseño e instrumentación de un tipo de política (*policy making*) y la constitución de un tipo de ciencia (*policy sciences*) en Estados Unidos se remontan al New Deal y a la expansión del Estado de bienestar. La simultánea intervención de las ciencias sociales (aplicadas) y la psicología y de las técnicas de investigación y medidas, con la ayuda de las matemáticas (*survey research*), fue concretada durante y después de la Segunda Guerra Mundial por instituciones tales como la Agencia de Estudios Estratégicos (Office of Strategic Studies

podieron convertirla —para emplear la expresión de Marcel Mauss— en un “caso privilegiado” para el examen del proceso de formación de ciertas interrogantes teóricas y ético-políticas debatidas en la antropología contemporánea, así como muchos problemas teóricos y metodológicos concurrentes en cualquier estudio cuyo objeto sean las culturas, las sociedades, las identidades o los estereotipos nacionales o (inter)nacionales. “Bueno para pensar”, este capítulo de la historia de la antropología vio el desarrollo y la legitimación de cuestiones que significativamente ahora tendemos a considerar como familiares.

Desde esta perspectiva, las cuestiones a discutir pueden dividirse en dos grupos. El primero es más estrictamente teórico y aborda el hecho de que fue en el campo del carácter nacional que los antropólogos, por vez primera, dirigieron su atención de manera explícita a la indagación de sus propias sociedades y culturas. Por consiguiente, los estudios del carácter nacional tienden a revelar muy claramente algunos callejones

sin salida con los que cualquier investigación de estas culturas y sociedades tendría que toparse. Sin embargo, hay algo más que un interés por la sociedad propia, aun cuando esto provoca preguntas importantes. “La sociedad propia”, en este caso, se define con exactitud: es una *nación*, y es aquí donde el tema se incorpora definitivamente al pensamiento y a la práctica antropológicos. Además, por más relativista que se sea, puede sentirse la necesidad de calificar esta clase de sociedad, en apariencia tan diferente de aquellas que los antropólogos solían estudiar. El término *civilización* se convirtió velozmente en el de *sociedad moderna* y, más adelante, en el de *sociedades complejas* con el fin de designar este nuevo campo profesional para el conocimiento antropológico (cf. Goldman, 1995). Así, un examen de la literatura acerca del carácter nacional muestra ciertos problemas con respecto de las distinciones en boga entre sociedades o culturas simples (que jamás son “nacionales”) y sociedades y culturas complejas (siempre “nacionales” o “internacionales”).



uoss, órgano antecesor de la Central Intelligence Agency, CIA) y la Agencia de Investigación Social Aplicada (Bureau of Applied Social Research). Cabe notar que esta agencia, dirigida, entre otros, por Paul Lazarsfeld, Richard Merton y Samuel Stouffer (organizador de uno de los estudios señeros producidos por esta institución: *The American Soldier*), tuvo como base, luego de 1939, a la Universidad de Columbia, la misma donde Ruth Benedict fundó la “Investigación en Estudios Contemporáneos” (cf. Pollack, 1979). Por otra parte, debe recordarse que estos procesos iban aparejados al crecimiento de las universidades y a la contratación de personal por parte de diversas administraciones y fundaciones, a las cuales los nuevos egresados se enrolaron en grandes números (cf. Partridge y Eddy, 1978).

El segundo grupo de preguntas combina problemas teóricos y ético-políticos. En los términos más generales, el examen de las “culturas, identidades, sociedades, caracteres, estereotipos nacionales...” aborda todas las complejidades de la relación entre la “realidad” y la “representación de la realidad”. De un lado, la relación entre las fronteras nacionales y las unidades de análisis, pues ambas son objetos construidos históricamente; del otro, el hecho de que cualquier descripción (o representación) de tales fenómenos entraña, por su mera formulación, aseveraciones a las cuales se confiere alguna eficacia activa: cualquier descripción que obtiene reconocimiento se destinará a formar parte de aquello que describe (cf. Bourdieu, 1981). Desde esta perspectiva, los trabajos relativos al carácter nacional parecen descubrir un rasgo común de estas y otras categorías: al hablar de *modernidad*, *complejidad*, *identidad nacional*, *cultura nacional*, *internacionalización*, *globalización*, ¿acaso no nos arriesgamos a caer en la misma trampa analítica que en los estudios del carácter nacional, lo cual contribuye a la existencia social de aquello que deberíamos adoptar como objeto puro?

Con la finalidad de evitar cualquier solución demasiado fácil, debe reconocerse que ninguna de estas nociones existe solamente en el discurso académico, pues están presentes de una forma u otra en el lenguaje ordinario y en los discursos políticos y periodísticos, entre otros. Para ser más exactos, no sólo estamos abordando conceptos y discursos, sino también objetos y prácticas que de inmediato nos conducen a asuntos que, de manera directa o indirecta, siempre han rondado el pensamiento antropológico: el problema de la aplicabilidad de la antropología y sus correlatos —los bien conocidos dilemas de los debates entre el universalismo y el particularismo y las recurrentes paradojas entre el absolutismo y el relativismo—. Todo esto apunta a una mayor convergencia e interpenetración que la que pudiera imaginarse entre la antropología y ciertos temas centrales en las sociedades que la produce. En el caso en cuestión existe una correspondencia clara entre los modelos nacionalistas y los de las ciencias sociales, misma que pudiera extenderse a las situaciones ya aludidas. El rechazo a explorar estas yuxtaposiciones amenaza con convertir las teorías sociológicas y antropológicas en simples racionalizaciones de teorías locales dominantes (cf. Elias, 1989b y Handler, 1988: 7-9, entre otros).

Por tanto, una crítica de los callejones sin salida a los que pudieran conducir nociones tales como *carácter nacional* sobrepasa el expediente de simplemente abandonarlas o denunciar sus elementos puramente imaginarios e ideológicos. El campo donde tales conceptos se desenvuelven debe examinarse positivamente para

ver cómo los estudios del carácter nacional pudieran servir de ejemplo de la manera en que la antropología podría abordar nociones fundamentales de nuestra sociedad, a la vez que salvar dos riesgos simétricos: convertirse irreflexivamente en un punto de producción y difusión de representaciones colectivas o, con el pretexto de mantenerse libre de toda contaminación ideológica, perder contacto con las representaciones propias que circulan en aquella sociedad.

Crítica cultural e ingeniería social: las paradojas de una polaridad construida

Los estudios del carácter nacional son un evento reciente en la investigación antropológica acerca de los problemas de personalidad y cultura. Derivan su forma y sus métodos de las demandas de la situación política mundial posterior a 1939. Aunque el enfoque del carácter nacional emplea las premisas y métodos de los campos de la personalidad y la cultura, históricamente han manifestado dos rasgos distintivos: el grupo de personas que comparten una tradición social cuya cultura es estudiada es seleccionado porque se trata de ciudadanos o súbditos —los “nacionales”— de un Estado político soberano, y la sociedad *pudiera* ser tan inaccesible a la observación directa de campo que tendrían que emplearse métodos de investigación menos directos. Tales estudios contemporáneos de carácter nacional relativos a la cultura se asemejan lejanamente a los intentos de reconstruir el carácter cultural de sociedades del pasado (...) en los cuales el estudio de documentos y monumentos debe sustituirse por la observación directa de individuos que interactúan en situaciones sociales observables. Sin embargo, difieren de la reconstrucción histórica en que, ya sea que se hagan a la distancia o mediante el trabajo de campo en la nación dada, se fundamentan básicamente en entrevistas con y en la observación de seres humanos vivos (Mead, 1962 [1953]: 396).

Este texto que Margaret Mead escribiera en 1953 llama la atención por la manera como integra los rasgos más importantes de los estudios antropológicos del carácter nacional. En primer lugar, sitúa los orígenes del problema en el trasfondo de la historia de la antropología. En segundo, asegura explícitamente que la guerra condujo o al menos favoreció el desarrollo de tales investigaciones. En tercer lugar, asume que las “naciones” son las unidades analíticas de estas indagaciones. Finalmente, propone “el estudio de la cultura a distancia” como su método. La aparente objetividad y sencillez de estos puntos oculta una complejidad que quisiéramos explorar.

Como es bien sabido, la historia del pensamiento antropológico puede leerse, en parte al menos, como una oscilación constante entre los dos principios que constituyeron la disciplina a finales del siglo XIX: el acento en la diversidad cultural en contraposición con el énfasis en las similitudes entre las sociedades humanas. Los elementos puestos a discusión por la noción de carácter nacional se evidenciaron más en las corrientes orientadas a la diversidad cultural. En tanto que obviamente era una posesión innecesaria de este campo de tópicos, hablar de carácter nacional funciona asimismo como una manera de referirse a —y construir— la unidad de grandes totalidades sociales y culturales abarcadoras. Hoy es común atribuir los orígenes de esta categoría al pensamiento romántico el cual, en supuesta oposición al universalismo de la Ilustración, se inclinaba a resaltar la originalidad de cada pueblo o nación.⁸

Es, desde luego, una visión bastante simplista, dado que términos tales como romanticismo e Ilustración —junto con varias escuelas por medio de las cuales tradicionalmente se enseña la historia de la antropología— siempre designan categorías ambiguas, presentes en proporciones distintas en todas las fórmulas teóricas. Así, y este es el punto importante de nuestro argumento, los teóricos del carácter nacional atribuyen comúnmente a la noción un origen casi espontáneo: las sociedades, en todos los tiempos, tienden a percibir y marcar diferencias entre sus propias formas de ser y de hacer y las de sus vecinos (cf. Gorer, 1948: 11; Stoetzel, 1955: 15, entre otros). La naturalización y universalización de la idea de carácter nacional —que invoca, refuerza y transforma los significados cotidianos del término— generan dos efectos: de un lado, los mecanismos por los cuales se trazan las fronteras sociales y culturales en sociedades no nacionales se asimilan a aquellos que sancionan la existencia de fronteras nacionales; y, del otro, anulan la especificidad de los procesos de creación de fronteras sociales y culturales dentro de las sociedades que se ven a sí mismas como nacionales.

Por ende, al parecer no existe nada extraño en el hecho de que en la antropología, como disciplina académica, en el trasfondo relativista del culturalismo esta-

dounidense, se desarrollaran las concepciones claves acerca del carácter nacional. Sin embargo, este desarrollo fue apenas evitable, ya que es difícil escudriñar cómo la noción pudo hallar un lugar en el pensamiento de Franz Boas. Como es bien sabido, los primeros estudios del carácter nacional invocaban el legado “boasiano” como una de sus fuentes de legitimidad. Es posible descubrir, a través de los debates que agitaron a la antropología estadounidense en los años treinta, que lo que más tarde solió considerarse la línea boasiana “ortodoxa” —conformada por algunos exponentes de la escuela de la cultura y la personalidad dentro de la cual se iniciaran los estudios del carácter nacional— fuera simplemente uno de los varios puntos de vista que reclamaban la misma herencia. Una revisión de las ambigüedades y potencialidades del pensamiento de Boas y el invento de una tradición “auténticamente boasiana” es el primer paso para aclarar el contenido de los dilemas y las paradojas que pusieron sobre la mesa los estudios del carácter nacional.

El primer punto a tomarse en cuenta es que el trabajo de Boas se distingue por una oscilación constante entre la presuposición de que cada cultura específica es un conjunto fragmentado que tan sólo puede estudiarse históricamente y el postulado de que, no obstante, en algún nivel existe una totalidad que puede ser aprehendida por los antropólogos. Si, por una parte, el principio de fragmentación dificulta el desarrollo de conceptos tales como el de carácter nacional, por otra debe recordarse que la perspectiva boasiana reconoce a la totalidad. Semejante totalidad puede hallarse en las relaciones entre el individuo y la cultura, puesto que el primero debe condensar de algún modo una experiencia cultural e históricamente fragmentada. En la experiencia individual, y únicamente en ella, era donde el antropólogo podía descubrir alguna parte del todo (cf. Boas, 1932: 268-269 y Stocking, 1968: caps. 7 y 9, 1976: 3-7 y 1986: 5-9).⁹

Con todo, las ambigüedades y veleidades de Boas no se aprecian solamente en sus escritos teóricos, sino también en sus posturas éticas y políticas y en la forma como sus alumnos tomaron y desarrollaron su pensamiento. Como ya se mencionó, su desconfianza en la participación política directa por parte de los an-

⁸ Debe recordarse que la génesis de las nociones de *Volkgeist* y *Zeitgeist*, producidas en el trasfondo del prerromanticismo y el romanticismo alemanes, se asociaron al origen de las especialidades y de los especialistas (folcloristas, poetas, literatos), cuyas actividades se entendían asimismo como “aplicaciones” o de actos con fin práctico: la teoría y la práctica del nacionalismo alemán (cf. Elias, 1989a: 57-82).

⁹ Pudiera recordarse que fórmulas similares fueron moneda común durante la primera mitad del siglo entre los intelectuales portugueses, españoles y latinoamericanos, sobre los cuales repercutió el pensamiento alemán. En el caso español hubo las influyentes obras de José Ortega y Gasset, y en Latinoamérica aparecieron las ideas en torno al carácter nacional brasileño de Gilberto Freyre, o acerca del lugar del mestizo en la cultura mexicana posrevolucionaria por parte de Manuel Gamio. Tanto Freyre como Gamio fueron estudiantes de Boas en la tercera década del siglo XX.

tropólogos, junto con sus orígenes germanos, llevaron a Boas a adoptar una postura pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Se opuso a la intervención estadounidense y criticó la posición de los intervencionistas, quienes confundieron valores propios de Estados Unidos con valores democráticos supuestamente universales. Obviamente, la Segunda Guerra Mundial volvió insostenible a esta actitud, de tal modo que Boas comenzó a pensar en abandonar su carrera antropológica a fin de dedicarse, como lego, a combatir el nazismo (Yans-McLaughlin, 1986: 185-187). Además, las experiencias y dificultades que había encarado como inmigrante judío alemán en Estados Unidos a principios del siglo XX le ayudaron a comprender algunas disposiciones sociales que le condujeron a formular, de acuerdo con Stocking (1976: 3): “un punto de vista experiencial desde donde pudo desarrollarse una crítica sistemática”, crítica que confrontaba al evolucionismo social en el plano teórico y en el ético-político con ciertos aspectos de la sociedad estadounidense. Más allá de ello, el encuentro de un autor de la tradición intelectual alemana con una sociedad nacional que parecía urgida de respuestas inmediatas a sus “problemas de integración” no podía por menos de afectar seriamente su propio trabajo. Este conjunto de variables explica parcialmente la aparente contradicción entre la “postura metodológicamente puritana” (Stocking, 1976: 4) y su ideal de objetividad científica, así como su influencia cultural y política, ya fuera directa, como en la crítica del racismo y el etnocentrismo, o indirecta, a través de las actividades de sus alumnos.¹⁰ Es innegable, sin embargo, que “Boas jamás enfrentó la contradicción entre su universalismo y su compromiso por respetar las culturas minoritarias” (Jackson, 1986: 95).

Los alumnos de Boas no dejaron de adentrarse en los mismos problemas que atendió su maestro, si bien desde el inicio las ambigüedades de su pensamiento posibilitaron el surgimiento de diferentes formas de expansión. La escuela de cultura y personalidad fue creada sin duda para oponerse a la interpretación historicista del pensamiento boasiano, representada por escritores como Kroeber (en su periodo temprano) y Lowie.¹¹ La tesis central de *Patterns of Culture* (*Patrones*

de cultura) de Ruth Benedict es bien conocida: cada cultura, pese a estar formada de fragmentos de distinto origen, desarrollaría un “estilo” específico capaz de unificarla como un todo sintético y, al mismo tiempo, distinguirla de otras unidades culturales. La noción de *patrón cultural* —al margen de las vicisitudes de la historia que siempre se escapan al observador— confirma la existencia de estas grandes configuraciones humanas y permite describir y distinguir entre las culturas humanas por medio del uso de categorías tomadas de la psiquiatría y la filosofía de la historia: los “apolíneos” pueblo, los “dionisiacos” indios de la pradera, los “paranoicos” kwakiutl... Y aunque fuese cierto que la idea boasiana del individuo era el singular *locus* unificador de la cultura, que sólo difícilmente podía asimilarse a un patrón totalizador y trascendente, la manera como Benedict se refería a Dilthey, Spengler y a las nociones de la *Gestalt* y al *Zeitgeist* (cf. Benedict, 1934: 50-55) sin duda se remitían a los orígenes alemanes del pensamiento boasiano, al “genio de un pueblo”. Además, debe recordarse que gran parte del trabajo teórico de la escuela de cultura y personalidad fue publicada en vida de Boas, juntamente con su obra, y que éste jamás encontró incompatibilidad alguna entre tales modelos y el suyo.¹²

La escuela de cultura y personalidad cristalizó en torno a y fue legitimada por un seminario dirigido a partir de 1931 por Edward Sapir en Yale. Sapir, empero, se mantuvo lejos del modelo configuracionista que predominaría en el campo de la antropología estadounidense. Su crítica de todas las formas de objetivación de la cultura y su presuposición de que, en última instancia, la única realidad eran las personalidades individuales en interacción (cf. Sapir, 1985a, 1985b), se acercan más a lo establecido por Boas que al modelo de patrones culturales de Benedict, lo cual no fue óbice para que no se sintiera marginado por Boas, o que las referencias a su obra escasearan cada vez más en los trabajos de autores que posteriormente se adscribieron a la ortodoxia boasiana (cf. Darnell, 1986; Handler, 1986, 1988; Manson, 1986). También en el plano ético-político, Sapir y Boas fueron aparentemente más cercanos entre sí que a los trabajos de Mead y de Benedict. Desde muy pronto, Sapir expresó profundas

¹⁰ Debe observarse que dicho influjo también se ejerció a través de un conjunto de obras destinadas al lector no especialista. Entre ellas deben citarse las de Herskovits (1948), Kardiner y Preble (1961), Kluckhohn (1949) y Linton (1936).

¹¹ En 1945 Lowie publicó un opúsculo en el cual, con el explícito fin de apoyar la comprensión del nazismo y la guerra, rechazó las interpretaciones “fatalistas” de estos fenómenos, prefiriendo atribuirlos a accidentes históricos que intentó reconstruir (Lowie, 1945: VII, 111-114).

¹² Desde este punto de vista, la “Introducción” de Boas a *Patterns of Culture* de Benedict es especialmente importante. Tras reafirmar la importancia del método histórico, sostiene que no es ajeno a la idea de la totalidad y que interesarse en “los problemas sociocológicos de ninguna manera se contraponen al abordaje histórico... La doctora Benedict califica al genio de la cultura como su configuración” (citado en Benedict, 1934: XVI-XVII).

dudas acerca de la posibilidad de una aplicación simple del saber antropológico a problemas socioculturales y, contraponiéndose a sus colegas que defendían abiertamente el uso de la antropología en la “ingeniería social”, se mantuvo fiel a la tradición de “crítica cultural” impulsada en Estados Unidos en los años veinte.¹³

Pese a estar al margen de la antropología cultural estadounidense, la actitud distante y crítica de Sapir no fue solitaria. También Herskovits (1941) expresó sus dudas con respecto a la aplicación práctica de la antropología, las cuales le acarrearón fuertes cuestionamientos de Benedict (Jackson, 1986: 114-115; 121-122). Kardiner (1939) asimismo, si bien a una escala menor, permaneció al margen de este involucramiento de la antropología con tópicos socioculturales más amplios.¹⁴ Más exactamente, y como muestran Lindesmith y Strauss (1950: 587), el sistema teórico de la escuela de cultura y personalidad se basaba en dos puntos fundamentales: la descripción y caracterización psicológica de las configuraciones culturales y los tipos de personalidad asociados con ellos, y el intento de explicar las relaciones entre los tipos de cultura y los de personalidades, sobre la base de las experiencias de la niñez temprana. Estos puntos podrían aparecer o no simultáneamente, y su peso relativo tendería a variar según el autor. Mead, por ejemplo, describía su propia trayectoria teórica como un paso desde el acento exclusivo en los procesos de uniformación de personalidades, hacia una mayor atención al patrón cultural propiamente dicho (Mead, 1978: 173-174), y explicaba que los catalizadores de este cambio habían sido primeramente la lectura de *Patterns of Culture* (Mead, 1978: 175) y, más tarde, “los problemas del entendimiento transcultural y la construcción de la moral en tiempos de guerra” (Mead, 1978: 178).

Puede verse que, al igual que muchas otras dicotomías que han obsesionado a la antropología y demás ciencias sociales desde el principio, la “ingeniería social” y la “crítica cultural” son menos opciones mutuamente excluyentes que dimensiones constituyentes del mismo complejo de representaciones. Lo que en un

nivel pudiera considerarse una oscilación o ambigüedad teórica, en otro se transforma en un conjunto de posibilidades ético-políticas. El movimiento entre los planos teórico y ético-político parece, empero, estar menos ligado a las potencialidades del pensamiento de Boas o a las diferencias entre sus discípulos que a las consecuencias de hacer explícitas las relaciones entre categorías teóricas y la “realidad” para la que se desarrollaron implícitamente tales categorías: las “naciones”.

De regreso a Benedict, ya podemos ver cómo su modelo —que afirmaba que los patrones culturales corresponden a potencialidades humanas seleccionadas e impuestas arbitrariamente— servía perfectamente para sintetizar estos aspectos constituyentes de la escuela de la cultura y la personalidad. Iluminó la constante fluctuación entre la afirmación de una plasticidad humana absoluta y la creencia en una base biológica precultural, un vaivén cuya función teórica era más profunda de lo que se percibía. Estamos enfrentándonos, en efecto, con un *operador* fundamental que explica las desviaciones de la norma, las conductas aparentemente no ajustadas al supuesto patrón local, las diferencias entre diversos grupos poblacionales, a la vez que en última instancia proporciona los fundamentos de la ingeniería social. En otras palabras, y en virtud de que durante algún tiempo esto ha estado en el trasfondo,¹⁵ el culturalismo siempre intentó distinguirse del racismo por una parte y del conductismo, por otra, y al mismo tiempo aseguró la existencia de diferencias individuales innatas así como la incidencia de la cultura en la formación del carácter por medio de la educación, un proceso que seguiría ciertas líneas naturales y universales (cf. Mead, 1965: 328-330). Esta postura legitimó simultáneamente los esfuerzos por conocer la naturaleza humana y por moldearla y domesticarla.¹⁶

Las consecuencias de la conversión al carácter nacional en tiempos de guerra

Innegablemente, uno de los efectos de la guerra fue el refuerzo de las tendencias configuracionistas y el én-

¹³ Cf. Benedict, quien aspiraba a “lo que algún día se convertiría en verdadera ingeniería social” (citado en Handler, 1989: 150). Cf. asimismo, entre otros, a Mead (1949: 169-171 y 248) y Handler (1989: 1-2, 11-12, nota 1).

¹⁴ Después de estudiar con Boas en la Universidad de Columbia al tiempo que recurría al psicoanálisis, analizado por Freud (Manson, 1986: 74-75), Kardiner desarrolló, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, la teoría de la personalidad modal, que hacía hincapié en los procesos psicológicos que conforman los caracteres individuales en culturas específicas y que se contraponía en muchas formas al configuracionismo entonces dominante.

¹⁵ Esto pudiera deberse a la resistencia a difundir la tesis de la existencia de temperamentos más o menos innatos que se desarrollan distintamente en las diversas culturas, dadas sus implicaciones políticas en el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial (cf. Yans-McLaughlin, 1986: 204-205), o dada la posición teórica de Mead, quien declaraba que “no podemos comenzar a discutir qué tipos de conducta son innatos, ligados a lo biológico en vez de a lo social o a lo situacional, hasta que hayamos explorado en qué grado las expectativas culturales estilizan la conducta (Mead, 1978: 174).

¹⁶ Es curioso observar cómo algunos antropólogos (Marcus y Fischer, 1986), para sus posturas ético-políticas y teóricas con base en una lectura de este momento en la historia de la disciplina como un ejercicio pionero en “crítica cultural”, evadían

fasis en la ingeniería social (Manson, 1986: 86). Debemos recordar que este es el segundo punto en la definición de Mead de los estudios del carácter nacional ya mencionados: la presión de las “demandas de la situación política mundial posterior a 1939”. Tales demandas llevaron a preocupaciones complementarias. A inicios de 1942, en el oficio que Gorer escribió al Departamento de Estado, aparte de “recomendar que los Estados Unidos se abstuvieran de atacar al emperador nipón, pues será necesario al final de la guerra” —una recomendación profética que los acontecimientos validaron— sugirió que la propaganda bélica dirigida a los japoneses adoptara “un firme tono paternal”. Gorer quedó atónito, sin embargo, cuando supo que las transmisiones de radio decían textualmente: “Estados Unidos es su padre”. Según Mead, este abismo de incompreensión entre la visión de un antropólogo inglés y la propaganda militar estadounidense fue consecuencia de una honda diferencia entre los caracteres nacionales en cuestión: en el caso estadounidense, no existe el fuerte respeto a las figuras paternas que se aprecia en la cultura inglesa. Es decir, y de nueva cuenta según Mead, Gorer debió haber escrito “hay que hablar a los nipones como si ellos estuvieran en cuarto año y ustedes en quinto” (Mead, 1978: 181).¹⁷ En pocas palabras, el esfuerzo bélico requiere de un conocimiento del enemigo para derrotarlo, un conocimiento del aliado para ser capaz de combatir a su lado, y de uno mismo para saber cómo emplear la propia fuerza.

Los dos textos más representativos de esta obsesión por el enemigo fueron, sin duda, el artículo de Gorer, intitulado *Themes in Japanese Culture* (1943), y el de Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword* (1989 [1946]). El origen del primero estuvo en un escrito de 1942 de circulación restringida, una obra que a su

vez se derivó del famoso oficio enviado a principios de aquel año al Departamento de Estado estadounidense. El libro de Benedict, en cambio, fue concebido originalmente como un informe para la Office of War Information. Desde el punto de vista teórico, el análisis de Gorer atiende a las técnicas pedagógicas japonesas para explicar la formación de aquellos aspectos del carácter nipón aparentemente extraños o paradójicos para los occidentales. *The Chrysanthemum and the Sword*, por el otro lado, intenta esbozar un cuadro general de los patrones culturales japoneses a través de una investigación de las reglas y valores que los configuran.¹⁸

La preocupación por los aliados y la “moral nacional” aparece con mayor claridad en Mead (1965 [1942]) y Bateson (1942). Como escribiera Mead en su prólogo a la edición de 1943 de *And Keep Your Powder Dry* (que llevaba un subtítulo bastante sugerente, *Una antropóloga mira a América*), su objetivo era ofrecer “la contribución de un científico social a ganar la guerra y establecer una paz justa y duradera” (Mead, 1965 [1942: XI]). El libro trataba, como explicaba Mead en el nuevo prólogo a la edición de 1965, de “dar a los estadounidenses una noción de sus propias fuerzas como pueblo y del papel que desempeñarían en el mundo” (Mead, 1965 [1942: XXX]). En otras palabras, era un intento de estudiar antropológicamente a la propia sociedad —por primera vez en la historia de la disciplina, no debe olvidarse— con vistas a permitirle a dicha sociedad conocerse mejor a sí misma y, por ende, emplear dicho conocimiento con el fin de elevar la moral en una situación de guerra.

También escrita en 1942, la obra de Bateson compartía los objetivos de la de Mead: conocer el propio ser, pero asimismo el de los aliados y el del enemigo, y establecer estrategias para elevar la “moral nacional”

aludir a los proyectos y a los aciertos que serían fundamentales para las políticas de intervención social. Así pues, es al menos paradójico que Margaret Mead, cuyo trabajo se presenta como el mejor ejemplo de la “crítica cultural”, también fuera una de las inventoras de la “antropología aplicada”. Ciertamente, la obra de Mead que Marcus y Fischer citan, procedía del periodo anterior a su interés en los estudios del carácter nacional. Sin embargo, como apuntan estos autores, cuando ella se refiere a la adolescencia y a la familia en Samoa y Nueva Guinea, mencionó inclusive (tangencialmente, como introducción a ciertas notas) que su preocupación central sería con los adolescentes y las familias estadounidenses. El contenido de lo que sería la “ingeniería social” y la “crítica cultural” difiere, al menos en Mead y en cuantos hoy se consideran sus herederos. Más allá, tanto en un caso como en el otro, la “ingeniería” y la “crítica” son más que términos dicotómicos. Estudiar otras culturas (no nacionales) y ejercer la “crítica” a la propia cultura (nacional) oculta lo que revela a su vez el estudio de las culturas nacionales: la relación dialéctica entre la “crítica cultural” y la “ingeniería social”.

¹⁷ Este malentendido parece atestiguar que, al menos en parte, tal consejo antropológico fue en efecto seguido por los militares.

¹⁸ Si el artículo de Gorer fue motivado directamente por el ataque a Pearl Harbour, el informe de Benedict se derivó asimismo de exigencias semejantes. Tras la entrada de Estados Unidos en la guerra, los problemas ocasionados por la puesta en vigor de las políticas de internamiento de muchos millares de estadounidenses de ascendencia japonesa en campos, condujo a que se instituyera la Agencia de Investigación Sociológica (Bureau of Sociological Research). A finales de 1942, la incidencia de varias rebeliones en los campos llevaron a la creación de la Sección de Análisis Comunitario (Community Analysis Section), inspirada en estudios anteriores realizados en las reservaciones indias, cuya intención era aclarar los “aspectos culturales de la conducta japonesa”. Veintisiete científicos sociales participaron en esta organización, veinte de los cuales fueron antropólogos (entre ellos Robert Redfield, Elizabeth Colson, Solon T. Kimbal, Weston LeBarre y Conrad M. Arensberg) (Partridge y Eddy, 1978: 29-30; Suzuki, 1981).

en la guerra. No obstante, y a diferencia de Mead, Bateson toca aspectos teóricos y produce el relato más refinado de los presupuestos que subyacen en la transformación del carácter nacional en un objeto antropológico. Organiza su argumento en torno a la discusión de los obstáculos y las posibles objeciones a “cualquier concepto de un ‘carácter nacional’”. Su intención es especificar bajo qué condiciones es posible referirse al carácter nacional, así como establecer los tipos de procesos culturales en los cuales esta noción pudiera emplearse de manera positiva. Hay dos puntos de esta fórmula que merecen mención especial. El primero alude a la crítica de cierto esencialismo cultural que pudiera estar presente en los estudios del carácter nacional. Bateson responde que el hecho de que los “caracteres nacionales” —el uso del plural es lo que distingue de manera importante a este argumento— sean “construidos” (como ahora se diría) no significa que no existan ni que no puedan actuar como marcas de diferencia cultural. El segundo punto contesta a las acusaciones contra el excesivo hincapié en la homogeneidad cultural en las fórmulas del carácter nacional. Bateson arguye que hablar del carácter nacional no implica asumir una uniformidad cultural, sino reconocer un sistema de diferencias organizado por un patrón, un conjunto de estereotipos, estimados como dominantes. Hablar de diferencia, o incluso de desviación, sólo tiene sentido con relación a una norma (Bateson, 1942: 74-79).

En términos más generales, Bateson aborda el problema de los caracteres nacionales desde una perspectiva teórica ajena a las discusiones de la época. Según su punto de vista, el tema central en los debates acerca del carácter nacional se refería —en palabras que no son suyas— a la falsa oposición entre la “realidad” y la “representación de la realidad”. La circularidad entrañada en cualquier argumento atado a esta oposición se aclara especialmente cuando se toman en cuenta las consecuencias del invento de las fronteras nacionales. Estos son buenos ejemplos de cosas que, producidas socialmente, generan efectos al actuar sobre las percepciones propias de las comunidades que éstas dividen y, con el tiempo, ocasionan la formación de mo-

dos de ser y sentir, de estilos de vida y de patrones morales.¹⁹ El enfoque de Bateson tuvo otra consecuencia: planteó explícitamente la posibilidad de definir naciones y caracteres nacionales como unidades de análisis, estableciendo que si estas entidades existiesen culturalmente —como representaciones y como realidad, diríamos— sería legítimo tratar de entenderlas desde un punto de vista antropológico. Así pues, Bateson muestra la doble existencia del carácter nacional: al mismo tiempo una categoría popular y un concepto teórico.

En comparación con el refinado argumento de Bateson, los enunciados de sus colegas, los cuales conceden a la nación el *status* de unidad de análisis, parecen al menos simplistas. En el caso de la ya aludida declaración programática de Mead, la mención de las unidades de análisis permite definir un problema “metodológico” y una solución “técnica”. Este es el último atributo invocado en la definición del campo de estudio del carácter nacional: el empleo de técnicas especiales de investigación, “los estudios de cultura a distancia”. Tal fue el título del manual que Margaret Mead y Rhoda Métraux publicaron en 1953, que compendió una serie de artículos de investigadores que habían laborado en el proyecto *Research in Contemporary Cultures (Investigación acerca de culturas contemporáneas)*, dirigido por Ruth Benedict en la Universidad de Columbia a partir de 1947. El libro era, de hecho, “una versión bastante condensada de un borrador preliminar sometido a la Oficina de Investigación Naval en el otoño de 1951” (Mead y Métraux, 1953: V).²⁰

En su contribución a esta obra, Gorer (1953: 57) negó que hubiera una relación privilegiada entre los estudios de carácter y las naciones como unidades de análisis, prefiriendo atribuir ese nexo a las necesidades de la guerra y proponiendo en cambio un término más general: “estudios de carácter nacional” para las investigaciones de esta índole. La postura de Mead, tal como se presentó en la introducción a dicho manual, parece diferir del texto aludido, ya que adopta la hipótesis de que las naciones sólo se convirtieron en los objetos favoritos de estos análisis a causa de la Segunda Guerra Mundial, y que dicho trabajo acerca de las con-

¹⁹ En este sentido, aunque Bateson se acercaría mucho al enfoque de Elias, el cual propone estudiar la génesis del *habitus* nacional (Elias, 1989a y 1996), debe señalarse que su escrito es fundamentalmente ambiguo. La primera parte, dedicada a la discusión teórica, es sin duda más rica que la segunda, que desarrolla un modelo formal para el aislamiento y la comparación de los caracteres nacionales (ruso, alemán, inglés, estadounidense y... ¡balinés!), en el cual extrañamente se abandonan las anteriores consideraciones teóricas. Por último, el final del texto se reserva a la aplicación “práctica” del modelo a la tarea de elevar la “moral” estadounidense en el trasfondo de la guerra (Bateson, 1942: 89-91).

²⁰ Debe advertirse que el proyecto que dirigió Benedict continuó, por una parte, con los “estudios de la cultura soviética” llevados a efecto por la Rand Corporation y, por la otra, con los “estudios de cultura contemporánea” realizados por la Oficina de Investigación Naval y el Centro de Estudios Internacionales del Massachusetts Institute of Technology (MIT) (Mead y Métraux, 1953: V).

figuraciones importantes del carácter pudieron llevarse a cabo en cualquier sociedad, lo que se aprecia en algo que Mead y Bateson produjeron antes de la guerra: un análisis del “carácter balinés” (Bateson y Mead, 1942).

Proponer “estudios de cultura a distancia” como el método de preferencia para el trabajo antropológico con “naciones” entraña una paradoja, en la medida en que los antropólogos siempre pertenecen a estados nacionales, por lo que están “más cercanos” a su objeto que a las sociedades y culturas con las que tradicionalmente han trabajado. Todo sugiere, por tanto, que “los estudios de cultura a distancia” carecen de una relación privilegiada con la distancia. Como prueba de esto, el primer libro en emplear esta metodología —que obviamente no la llamó así— fue precisamente el libro de Mead acerca de Estados Unidos. Además, ya en 1950 Gorer comenzó a trabajar en *Exploring English Character*, a petición de los editores del diario *People*.²¹ Más importante, sin embargo, fue el hecho de que las técnicas propuestas para este tipo de investigación fueran exactamente las de la antropología contemporánea para las investigaciones sobre las sociedades “nacionales” (o “modernas” o “complejas”), en especial cuando el antropólogo es parte de la sociedad en estudio.²²

Un artículo publicado en 1983 en el *Annual Review of Anthropology*, intitulado “Los antropólogos ven la cultura estadounidense”, ilustra este asunto con claridad. Advirtiendo que “aun cuando hoy uno raramente habla de valores culturales (...) o del carácter nacional, algunos antropólogos todavía intentan capturar la

esencia del todo” (Spindler y Spindler, 1983: 52), los autores concluyen que, en estos intentos, los medios son bastante similares a los empleados en el análisis del carácter nacional y en los estudios de cultura a distancia. En otras palabras, abstenerse de utilizar la observación participante parece algo más estrechamente ligado a las propiedades del objeto elegido como unidad de análisis —o a las relaciones entre el objeto y el investigador, caracterizadas precisamente por la proximidad— que a una supuesta imposibilidad de acceso a tal objeto.²³

Este argumento ilustra una cierta parcialidad oculta bajo la aparente objetividad con que Mead aísla los aspectos formativos de los estudios del carácter nacional. No sólo la distancia no define tales estudios, sino que el resto de las peculiaridades a las que alude son más problemáticas de lo que se aprecia. En primer lugar, asegurar que los estudios del carácter nacional se derivaron del trabajo acerca de la personalidad y la cultura es tan sólo un hecho histórico; y por lo visto, aunque brevemente, el proceso fue mucho más complicado que lo que esta aseveración sugiere. En segundo lugar, es muy dudoso que “las exigencias de la situación política mundial posterior a 1939” fueran los únicos factores en incidir en la inclinación de la antropología hacia las sociedades nacionales. Como Bastide (1974: 168) señaló, el punto de partida de Mead fueron “los problemas de los estadounidenses adolescentes, que la llevaron a averiguar si tales problemas tenían causas fisiológicas o sociológicas”, y ello la llevó a viajar a Samoa.²⁴

²¹ Este periódico dominical fue el segundo de mayor circulación en Gran Bretaña, alcanzando en un momento los 12 millones de lectores (Gorer, 1956: 3-4). Para escribir el libro, Gorer elaboró un cuestionario que envió a 14,605 lectores que habían respondido a un cupón que acompañaba un artículo del mismo Gorer que explicaba las particularidades de esta investigación. Fueron devueltos 10,524 cuestionarios, los cuales fueron luego codificados y analizados. Los textos que posteriormente se incluirían en el libro se publicaron semanalmente a partir de finales de 1951 (Gorer, 1956: 7-10).

²² Algunos materiales reunidos en el manual derivaron su contenido de un amplio espectro de productos culturales; no solamente pruebas prospectivas (que los antropólogos emplearon extensamente desde los años treinta), sino obras literarias y autobiografías, historietas, ritos y festivales nacionales, cartas de inmigrantes, películas, textos escolares y manuales para enseñar estrategias de ajedrez. Estudiar las culturas a distancia —o mejor dicho, estudiar culturas nacionales— pareció exigir una creatividad tremenda de parte de los antropólogos, lo cual convierte a los análisis que presentaron Mead y Métraux en los precursores de los estudios contemporáneos de culturas e identidades nacionales y transnacionales. Al parecer, la disparidad en los resultados de la investigación, que abarcan desde lo brillante, como el caso del trabajo de Bateson acerca de la película de propaganda nazi *Hitlerjunge*, hasta la mera adopción de los estereotipos nacionales, como en el caso de la mayoría de las obras acerca del carácter nacional ruso, es menos un rasgo extraño del libro que una prueba de los extremos dentro de los cuales caen todos los posibles estudios de las culturas nacionales.

²³ Quizás este punto fue responsable, al menos parcialmente, del desarrollo de la intensa cooperación internacional entre los antropólogos que estudiaban el carácter nacional y muchos investigadores quienes, sobre todo a principios de los años cincuenta, trataron los mismos temas en otras disciplinas, especialmente la psicología social y la politología (cf., por ejemplo, Inkeles, 1972).

²⁴ La propia Margaret Mead explicitó este asunto al declarar en *Keep Your Powder Dry* que, al cabo de seis viajes de investigación de campo a otras culturas, regresó a “un mundo al borde de la guerra, convencida de que su próxima tarea sería aplicar lo que sabíamos, como mejor podíamos, a los problemas de nuestra sociedad” (Mead, 1965 [1942: 3]). En la introducción a la edición de 1965, el tema se mostró más claramente: “Mis propios intereses siempre se han dirigido a la relevancia del estudio de los pueblos primitivos para el entendimiento de nuestro comportamiento cotidiano y de nuestros intentos de modificarlo” (Mead, 1965: XXVII). Aun cuando vale la pena notar que los capítulos finales de *Coming of Age in Samoa*, que tratan de la relación entre los datos de campo de Mead y los problemas de la adolescencia estadounidense, que probablemente llevaron al libro a las listas de los libros más vendidos, sólo se incluyeron a insistencia del editor (Marcus y Fischer, 1986: 158).

En tercer lugar, postular que existe una relación privilegiada entre los estudios del carácter nacional y una cierta clase de sociedad (sociedades nacionales) conlleva implicaciones que sobrepasan los objetivos de Mead. Era innecesario, por tanto, esperar que “la cultura y la personalidad” se convirtiesen en “carácter nacional” para que los antropólogos se abocaran a estudiar sus propias sociedades. Además, la obra de Mead y Bateson acerca de Bali, tanto como los “patrones culturales” que Benedict aisló, muestran que el modelo de cultura nacional no necesita de la aplicación de naciones ni de distancia.

Los límites de la crítica y el hecho de la ideología

La crítica dirigida a los estudios del carácter nacional desde el principio —o incluso *avant la lettre*, si se toma en cuenta, como se vio, que incluso en 1942 Bateson respondía a objeciones semejantes— no parece haber considerado la verdadera complejidad y los problemas reales que éstos entrañaban. A ello puede agregarse la ambigüedad ya mencionada que rodea las perspectivas con respecto de los estudios del carácter nacional en la antropología estadounidense, que pudieran explicar por qué la interpretación más atractiva hasta la fecha, junto con las críticas más interesantes a las teorías del carácter nacional, fueron expresadas por alguien que no era estadounidense ni antropólogo.

En 1954 Dante Moreira Leite presentó en la Universidad de São Paulo su tesis doctoral en psicología social: *O Carácter Nacional Brasileiro*, subtitulada “Historia de una ideología”. Publicada inmediatamente en forma de libro, la obra jamás ha sido traducida al inglés, lo cual sin duda explica por qué se desconoce por completo en el mundo angloparlante. Leite describe minuciosamente los orígenes de la noción de carácter nacional —desde el romanticismo hasta la escuela de cultura y personalidad— y analiza a los numerosos autores que han intentado aplicarla a la sociedad brasileña, para finalmente criticar tres aspectos principales. Primeramente, desde un punto de vista epistemológico, las teorías del carácter nacional y de los estudios de cultura y personalidad no escapan de un círculo vicioso: partiendo de un comportamiento observado empírica-

mente en una sociedad, deducen el patrón general en esta sociedad, el cual se reproduce en las personalidades o características de sus miembros. Luego, este patrón explicaría cualquier conducta observada entre ellos.

En segundo lugar, desde un punto de vista metodológico, estas teorías están marcadas inevitablemente por una confusión entre el carácter supuestamente profundo de la sociedad analizada y la conducta observable en una de sus pequeñas secciones. Así pues, imaginan que estudian el carácter nacional alemán cuando, de hecho, sólo hablan de los nazis; creen que se adentran en las partes más profundas del ser japonés, cuando efectivamente se refieren tan sólo a los militares que dominaron la política nipona durante un periodo específico; suponen que han captado al “brasileño” cuando únicamente han descrito a una elite rural.

Finalmente, y esto es bastante importante para Leite, desde un punto de vista político, las teorías del carácter nacional no son más que ideologías, en el sentido marxista tradicional: discursos urdidos para enmascarar la realidad, ya sea por medio del etnocentrismo, totalmente compatible con la sustitución del colonialismo europeo por el imperialismo estadounidense, o a través de la omisión de la política, la economía o la historia como verdaderas razones de las diferencias y las desigualdades entre las sociedades. El resultado de este proceso es una especie de “sustanciación” de las diferencias situada en una tradición y en un ámbito psicológico tan profundos que se vuelven casi indistinguibles de las raíces biológicas de la diversidad que el racismo promovía, y del cual el culturalismo debería distinguirse claramente (Leite, 1969: 44-45; 65-66; 100-125).

El aspecto más interesante del libro de Leite, aparte de las críticas radicales a las teorías del carácter nacional —que proponían, al final, el simple reemplazo de la ideología con “teorías científicas” capaces de referir situaciones sociales, políticas y económicas concretas—, radica en que el autor se ve obligado a plantear, aunque de pasada, un asunto fundamental: ¿cómo puede explicarse la popularidad de semejantes teorías, dado su nulo valor explicativo? O sea, ¿qué puede hacerse con el hecho de que, desde el punto de vista de los agentes sociales, el carácter nacional parece existir en realidad, promoviendo la mutua identificación con algunas personas y la diferenciación con respecto de otras? (Leite, 1969: 26-27; 103).²⁵

²⁵ Es siempre difícil decidir si el argumento de la “validez psicológica”, la verosimilitud de una teoría “desde el punto de vista del nativo”, atestigüa a favor o en contra de cualquier fórmula determinada. *The Chrysanthemum and the Sword* de Benedict fue traducido al japonés en 1948 y en 1952 ya contaba con ocho ediciones. En 1953 unos quince intelectuales japoneses se reunieron a discutir el libro. El tono general fue de completa aceptación de la obra, y la crítica de que fue objeto no difirió de la que le asestaron los antropólogos occidentales (cf. Bennett y Nagai, 1953).

En una autobiografía recientemente publicada, David Schneider, cuyo entrenamiento antropológico se efectuó durante el auge de los estudios de cultura y personalidad, relata que:

Pronto había advertido cómo todos y cada uno de los académicos, los científicos, tomaban simples nociones populares y las elevaban a la posición estratosférica de teoría científica. Esto pronto lo vi con lucidez en Yale donde resistía Clark Hull. Con Geoffrey Gorer empujando ideas freudianas tras bambalinas, no tardé mucho en aprender que el sistema de premios y castigos de las teorías de aprendizaje era idéntico al de mi mamá; ciertamente ella no era una científica renombrada, pero podía darme una buena bofetada cuando una recompensa no era lo indicado (Schneider y Handler, 1995: 222-223).

Obviamente, en este trasfondo, Schneider no tenía razón alguna para señalar que las mismas palabras operarían de un modo totalmente distinto cuando fuesen dichas por la propia madre o por un “científico renombrado”. Puesto de otra manera, los posibles problemas teóricos en los estudios de cultura y personalidad y carácter nacional no deben impedirnos ver que desde la perspectiva del análisis social y político, la confusión entre la lengua común y el discurso científico es mucho más que un yerro epistemológico. Nos enfrentamos, en cambio, con tomar en serio las diferencias discursivas ocultas tras la aparente similitud de las palabras, y con mostrar cómo ese discurso contribuyó a la producción y objetivación de las mismas cosas que lo sobrepasan.

La oposición entre la “ficción” (o representación) y la “realidad” está lejos de ser un rasgo exclusivo de los análisis basados en la noción de ideología. Las trampas que asechan al examen de la ideología, que Leite señala tan bien, son comunes a todas las teorías asentadas sobre cualquier dicotomía de hechos y conceptos, conductas y representaciones. Si ciertamente las teorías del carácter nacional no son una expresión directa de la realidad, tampoco son su deformación o falsificación. Nos encontramos aquí con discursos al mismo tiempo descriptivos y normativos que, mediante su circulación

social, tienden a actuar como estructuras activas, componiendo, difundiendo y, en un caso extremo, creando sus propios referentes. Es decir, sería más interesante investigar estos discursos como parte de un *dispositif* en el sentido foucaultiano del término. Tal *dispositif* no contendría simplemente “teorías” del carácter nacional, sino también los variados discursos y prácticas nacionalistas, los programas en vigor para reconciliar a los ciudadanos con su nacionalidad, la conducta de los agentes en situaciones específicas donde los aspectos del “carácter nacional” se usan para explicar, justificar o racionalizar, e inclusive para satisfacernos quedamente cuando nos hallamos ante descripciones aparentemente satisfactorias de nuestras formas de actuar y de ser.²⁶ En suma, si Leite tuvo razón al insistir en la persistencia del substancialismo en la transición de los modelos racistas a los culturalistas, se necesita dar un paso adelante: la adopción de una perspectiva capaz de tomar en cuenta no solamente a la “historia” del carácter nacional y a sus teorías sino también a lo que se llamaría su profunda *historicidad*: cómo se construyen continuamente su historia y sus relaciones sociales, políticas y culturales.

¿Existe el carácter nacional?

Si las dudas de George Stocking con relación a los reiterados anuncios sobre la “muerte” de los estudios del carácter nacional o de la cultura y personalidad parecen más que justificadas (Stocking, 1986: 9), la supervivencia de los modelos que los subyacen es mayor que lo que se sospechaba, y no sencillamente como una “antropología psicológica” que sigue operando.²⁷ Cuando, en su más reciente libro, Clifford Geertz (1995: 23) sugiere que las diferencias entre los “países” que ha estudiado a lo largo de su carrera serían traducibles a “óperas históricas” singulares, podríamos preguntarnos razonablemente cuán lejos estaríamos de las teorías del carácter nacional. Igualmente, la macrodicotomía de Louis Dumont entre el “Occidente” individualista y el “resto” holista (Dumont, 1996) no se halla tan alejada, salvo por su magnitud, de la distinción entre apolíneos y dionisiacos que propuso Benedict.²⁸

²⁶ Cf. la sugerencia de Michael Herzfeld (1993: 71-97) acerca del valor de examinar la producción y la reproducción de los estereotipos nacionales en el trasfondo de las interacciones cotidianas. Por su parte, Gérard Noiriel (1988: 69-123) ha mostrado, mediante un fino análisis histórico, las complejas articulaciones entre el sentido común y los saberes que subyacen en la invención de los estereotipos nacionales.

²⁷ En 1961, Hsu, refiriéndose a los estudios de la cultura y la personalidad, sugirió “un nuevo título para nuestra subdisciplina: *antropología psicológica* (Hsu, 1972: 6-7). Este intento relegitimador fue aparentemente exitoso, si se toma en cuenta el gran número de obras catalogadas bajo este rubro, y la notable cantidad de revistas dedicadas total o parcialmente a este campo. Para una reevaluación de la teoría de la cultura y la personalidad, véase Shweder (1979).

²⁸ Desde este punto de vista, es interesante notar que varias consideraciones de Benedict en torno al contraste entre la cultura occidental y la nipona se acercan mucho, en cuanto a su sustancia, a los puntos de Dumont: los sentimientos de deuda

La diferencia radica claramente en que los modelos culturalistas intentan articular los valores considerados dominantes con sus medios de transmisión, y volver al proceso de socialización el campo concreto donde se fundan entidades que de otra manera serían etéreas. En contraste, estudios más recientes (entre ellos los de pensadores acerca de la cultura nacional y la identidad en general) prefieren aludir a un conjunto de presuposiciones, mismas que se remiten sin referencia alguna a los modelos que desarrolló la escuela de cultura y personalidad y a los estudios de carácter nacional, sin los cuales sus análisis no tendrían mucho sentido. ¿En qué consiste esta curiosa continuidad?

Ya en 1921 Marcel Mauss señaló la estrecha liga entre la noción del carácter psicológico y la de la nación:

Un caractère, c'est l'ensemble intégré des divers facultés d'un individu, les uns étant plus ou moins sensibles, les autres plus ou moins intelligents, ou volontiers [...] une nation complète est une sociétés intégrée suffisamment, à pouvoir central démocratique à quelque degré, ayant en tous cas la notion de souveraineté nationale et dont, en général, les frontières sont celles d'une race, d'une civilisation, d'une langue, d'une morale, en un mot d'un caractère national (Mauss, 1969 [1921: 603-604]).

Por su parte, Norbert Elias, en un texto que escribió originalmente en 1968 (Elias, 1989b: 26-27) señaló la afinidad entre la génesis de los estados nacionales y una orientación intelectual “nación-céntrica”, la cual sería la responsable de la transposición de la idea de la “buena sociedad”, propia de la sociedad nacional burguesa, a las categorías de las ciencias sociales.²⁹

En este sentido, podemos ver que el aporte de la antropología a la erección de sociedades nacionales no se circunscribe al “invento de la sociedad primitiva”, de la cual no son sino una imagen invertida (Kuper, 1988). Los estudios del carácter nacional muestran una intervención explícita de parte del pensamiento antropológico en la objetivación de lo nacional. Como hemos manifestado, existe una estrecha liga entre los modelos nacionalistas y muchos de los utilizados, inopinadamente o no, por los científicos sociales. En efecto, el

tratar a cualquier grupo humano como una “sociedad” o una “cultura”, con límites claros y relativamente cerrados, se asemeja mucho a verla como a una nación. Además, si el nacionalismo se encuentra vinculado al individualismo posesivo, al concebir a la nación al mismo tiempo como individuo colectivo y como colección de individuos,³⁰ los estudios de cultura y personalidad y del carácter nacional —con sus intentos de demarcar un patrón psicológico común a todos los miembros de una sociedad, el cual distingue a esta sociedad de las demás— son quizá el ejemplo más diáfano de la afinidad entre las ciencias sociales y el nacionalismo que señaló Elias. Por tanto, únicamente podemos concluir que el concepto de carácter nacional sólo puede aplicarse a las naciones porque se derivó de un modelo que, al trascender todas las “teorías” y al formar parte de todas las culturas nacionales, trata a todas las sociedades y culturas como si fueran sociedades y culturas nacionales.

¿Qué hacer una vez que se reconoce esta complicidad y las paradojas a las que lleva a cuanto intento se emprende para comprenderla? Por una parte, se puede continuar asumiendo que los nexos entre lo “nacional” y el “carácter” son analíticos y esenciales, conforme afirman los teóricos del carácter nacional o, en cambio, pensar que este asunto fue insustancial e ideológico y abandonarlo del todo. Por otra parte, puede suponerse que la relación entre ambos términos es sintética y accidental. Esta opción abre, a la vez, dos posibilidades: podemos sostener que nos las habemos con un gran error teórico en la historia de la disciplina, lo que nos permitiría continuar trabajando con sociedades, nacionales o no, como si los estudios del carácter nacional nunca hubieran existido, o podemos tomar la síntesis misma y el “accidente” como el objeto a investigar. O sea, podemos trazar el mapa de los procesos por los cuales las categorías relativas a la nación misma de carácter nacional se constituyen y difunden en sus varios focos de producción y difusión, para descubrir cómo en apariencia la más clara de las categorías, y la más común de las palabras, llegaron a adquirir, a lo largo de la historia y en el uso social, la densidad que se le atribuye cual si fuese una segunda naturaleza.

y dependencia (cap. 7), de honor y vergüenza (caps. 8 y 10), de autodisciplina y conformidad (cap. 11), se oponen globalmente al individualismo y a la igualdad de la sociedad estadounidense: “sostenemos la virtud de la igualdad incluso cuando la infringimos y luchamos contra las jerarquías con justa indignación (...) Por siglos la desigualdad ha sido la regla de la vida organizada [de los nipones] en aquellos puntos donde es más predecible y más aceptada. La conducta que reconoce a la jerarquía les parece tan natural como respirar” (Benedict, 1989 [1946: 45-47]).

²⁹ Según Elias, el modelo de esta orientación nación-céntrica en la teoría sociológica sería el concepto de Talcott Parsons de *sistema social* (Elias, 1989b: 28).

³⁰ La nación, dice Handler en su estudio de Quebec (1998: 179) se concibe como “una colección de individuos colectivos”.

Bibliografía

- BASTIDE, ROGER
1974 *Sociología e Psicanálise*, Melhoramentos/EDUSP, Sao Paulo.
- BATESON, GREGORY
1972 "Morale and National Character", en G. Watson, ed., *Civilian Morale*, Houghton Mifflin, Nueva York y Boston, pp. 71-91.
- BATESON, GREGORY Y MARGARET MEAD
1942 *Balinese Character: A Photographic Analysis*, Special Publications of the New York Academy of Sciences II.
- BENEDICT, RUTH
1934 *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin, Boston (existe diversas ediciones en español).
1989 *The Chrysanthemum and the Sword. Patterns of Japanese Culture*, Houghton Mifflin, Nueva York y Boston [1946] (edición en español: *El crisantemo y la espada*, Alianza, 1974).
- BENNETT, JOHN W. Y MICHIO NAGAI
1953 "The Japanese Critique of the Methodology of Benedict's Chrysanthemum and the Sword", en *American Anthropologist* núm. 55, pp. 404-411.
- BOAS, FRANZ
1966 "The Aims of Anthropological Research", en *Race, Language and Culture*, The Free Press, Nueva York, pp. 243-259 [1932].
- BOURDIEU, PIERRE
1981 "Décrire et Prescrire: les Conditions de Possibilité et les Limites de l'Efficacité Politique", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 38, pp. 69-74.
- DARNELL, REGNA
1986 "Personality and Culture: the Fate of the Sapirian Alternative", en George Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers, Benedict and Others: Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 156-183.
- DUMONT, LOUIS
1996 *Homo Hierarchicus*, Gallimard, París [1978] (edición en español *Homo Hierarchicus*, Aguilar, 1972).
- ELIAS, NORBERT
1989a *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México [1939].
1989b "Introducción", en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-46 [1968].
1996 *The Germans. Power Struggles and the Development of Habitus in Nineteenth and Twentieth Centuries*, Columbia University Press, Nueva York.
- GEERTZ, CLIFFORD
1995 *After the Fact. Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*, Harvard University Press, Cambridge (edición en español: *Tras los hechos*, Paidós, 1976).
- GOLDMAN, MAURICIO
1995 "Antropología contemporánea, sociedades complejas e outras questões", en *Anuario Antropológico*, núm. 93, pp. 113-153.
- GORER, GEOFFREY
1943 "Themes in Japanese Culture", en *Transactions of the New York Academy of Sciences* vol. 2, núm. 5, pp. 106-124.
- 1948 *The American People*, Norton, Nueva York.
1953 "National Character: Theory and Practice", en Margaret Mead y Rhoda Métraux, eds., *The Study of Culture at a Distance*, Chicago University Press, Chicago, pp. 57-83.
- 1955 *Exploring English Character*, The Cresset Press, Londres.
- HANDLER, RICHARD
1986 "Vigorous Male and Aspiring Female. Poetry, Personality, and Culture in Edward Sapir and Ruth Benedict", en George W. Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers, Benedict and Others Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 127-155.
1988 "Anti-Romantic: Edward Sapir and the Critique of American Individualism", en *Anthropological Quarterly*, vol. 62, núm. 1, pp. 1-14.
1998 *Nationalism and the Politics of Culture in Quebec*, The University of Wisconsin Press, Madison.
- HARRIS, MARVIN
1968 *The Rise of Anthropological Theory*, Crowell, Nueva York (edición en español, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI, 1973).
- HERSKOVITS, MELVILLE J.
1941 *The Myth of the Negro Past*, Harper and Row, Nueva York.
1948 *Man and his Works*, Knopf, Nueva York (edición en español, *El hombre y sus obras*, Fondo de Cultura Económica, 1974).
- HERZFELD, MICHAEL
1993 *The Social Production of Indifference. Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*, The University of Chicago Press, Chicago.
- HSU, FRANCIS L. K.
1972 "Introduction: Psychological Anthropology in the Behavioral Sciences", en Francis L.K. Hsu, ed., *Psychological Anthropology*, Schenkman, Cambridge, pp. 1-15.
- INKELES, ALEX
1972 "National Character and Modern Political Systems", en Francis L.K. Hsu, ed., *Psychological Anthropology*, Schenkman, Cambridge, pp. 201-240 [1961].
- JACKSON, WALTER
1986 "Melville Herskovits and the Search of Afro-American Culture", en George W. Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers, Benedict and Others Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 95-126.
- KAPLAN, DAVID Y ROBERT A. MANNERS
1972 *Culture Theory*, Prentice Hall, Nueva Jersey (edición en español *Introducción Crítica a la Teoría Antropológica*, Nueva Imagen, 1979).
- KARDINER, ABRAM
1939 *The Individual and his Society*, Columbia University Press, Nueva York (edición en español *El individuo y su sociedad*, Fondo de Cultura Económica, 1975).
- KARDINER, ABRAM Y E. PREBLE
1961 *The Studied Man*, World Publishing, Cleveland.
- KLUCKHOHN, CLYDE
1949 *Mirror for Man*, McGraw-Hill, Nueva York .
- KUPER, ADAM
1988 *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*, Routledge, Londres.
- LEITE, DANTE MOREIRA
1969 *O Carácter Nacional Brasileiro. História de uma Ideologia*, Pioneira, Sao Paulo [1954].

- LINDESMITH, ALFRED R. Y ANSEIM L. STRAUSS
 1950 "Critique of Culture and Personality Writings", en *American Journal Review*, núm. 15, pp. 587-600.
- LINTON, RALPH
 1936 *The Study of Man*, Appleton-Century, Nueva York (edición en español *El estudio del hombre*, Fondo de Cultura Económica, 1982).
 1980 *The German People. A Social Portrait to 1914*, Octagon Books, Nueva York [1945].
- MANSON, WILLIAM C.
 1986 "Abram Kardiner and the Neo-Freudian Alternative to Culture and Personality", en George W. Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers, Benedict and Others Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 72-125.
- MARCUS, GEORGE. E. Y M. J. FISCHER
 1986 *Anthropology as Cultural Critique. An Experimental Moment in the Human Sciences*, University of Chicago Press, Chicago.
- MAUSS, MARCEL
 1969 "La Nation", en *Euvres III*, Minuit, París, pp. 571-625 [1921] (edición en español, *Obras III*, Seix-Barral, 1971).
- MEAD, MARGARET
 1953 "The Study of Culture at a Distance", en Margaret Mead y Rhoda Métraux, eds., *The Study of Culture at a Distance*, Chicago University Press, Chicago, pp. 3-53.
 1962 "National Character", en Sol Tax, ed., *Anthropology Today. Selections*, Chicago University Press, Chicago, pp. 396-421 [1953].
 1965 *And Keep Your Powder Dry. An Anthropologist Looks at America*, Morrow Quill, Nueva York [1942].
 1969 *Coming of Age in Samoa*, Penguin, Harmondsworth [1928] (existen ediciones en español).
 1978 "End Linkage: a Tool for Cross-Cultural Analysis", en John Brockman, ed., *About Bateson*, Wildwood Home, Londres, pp. 169-231.
- MEAD, MARGARET Y RHODA MÉTRAUX, EDS.
 1953 *The Study of Culture at a Distance*, Chicago University Press, Chicago.
- NOIRIEL, GÉRARD
 1988 *Le Creuset Français. Histoire de l'Immigration XIX- XX Siècles*, Editions du Seuil, París.
- PARTRIDGE, WILLIAM L., Y ELIZABETH M. EDDY
 1978 "The Development of Applied Anthropology in America", en William L. Partridge y Elizabeth M. Eddy, eds., *Applied Anthropology in America*, Columbia University Press, Nueva York, pp. 3-45.
- POLLACK, MICHAEL
 1979 "Paul F. Lazarfeld Fondateur d'une Multinationale Scientifique", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 25, pp. 45-59.
- SAPIR, EDWARD
 1985a "Culture, Genuine and Spurious", en David G. Mandelbaum, ed., *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*, University of California Press, Berkeley, pp. 308-331 [1924].
 1985b "The Emergence of the Concept of Personality in a Study of Cultures", en David G. Mandelbaum, ed., *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*, University of California Press, Berkeley, pp. 590-597 [1934].
- SCHNEIDER, DAVID M. Y RICHARD HANDLER
 1995 *Schneider on Schneider. The Conversion of the Jews and Other Anthropological Stories*, Duke University Press, Duke.
- SHWEDER, RICHARD A.
 1979 "Rethinking Culture and Personality", en *Ethos* vol. 7, núm. 3-4, pp. 225-311.
- SPINDLER, GEORGE D. Y LOUISE SPINDLER
 1983 "Anthropologists View American Culture", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 12, pp. 49-78.
- STOCKING JR., GEORGE W.
 1968 *Race, Culture and Evolution. Essays in the History of Anthropology*, Free Press, Nueva York.
 1976 "Ideas and Institutions in American Anthropology: Thoughts towards a History of the Interwar Period", en George W. Stocking Jr., ed., *Selected Papers from American Anthropologist*, vol. 2, American Anthropological Association, Washington, pp. 1-44.
 1986 "Essays on Culture and Personality", en George W. Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers Benedict and Others. Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 3-12.
- STOETZEL, JEAN
 1955 *Without the Chrysanthemum and the Sword. A Study of Youth in Post-War Japan*, Columbia University Press, Nueva York [1954].
- SUZUKI, PETER T.
 1980 "A Retrospective Analysis of Wartime 'National Character' Study", en *Dialectical Anthropology*, vol. 5, núm. 1, pp. 33-46.
 1981 "Anthropologists in the Wartime Camps for Japanese Americans: A Documentary Study", en *Dialectical Anthropology*, vol. 6, núm. 1, pp. 23-60.
- YANS-MCLAUGHLIN, VIRGINIA
 1986 "Science, Democracy and Ethos Mobilizing Culture and Personality for World War II", en George W. Stocking Jr., ed., *Malinowski, Rivers, Benedict and Others. Essays on Culture and Personality*, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 184-217.